



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 42. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 10 Noviembre 1876. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI.

| 1.ª EDICION.—DE LUJO Ó COMPLETA. | | 2.ª EDICION.—ECONÓMICA. | | 3.ª EDICION. | | 4.ª EDICION.—ESPECIAL PARA MODISTAS. | |
|---|-----------------------|--|-----------------------|--|-----------------------|---|-----------------------|
| Papel superior, cuatro números al mes, cuatro figurines, un pliego de patrones de tamaño natural y otro de dibujos. | | Cuatro números al mes, un figurín y un pliego de patrones de tamaño natural y un pliego de dibujos para bordados cada trimestre. | | ESPECIAL PARA COLEGIOS DE SEÑORITAS. Cuatro números al mes y un pliego de dibujos para bordados. | | Cuatro números al mes, dos figurines iluminados, un pliego de patrones y otro de dibujos para bordados. | |
| MADRID. | | MADRID. | | MADRID Y PROVINCIAS. | | MADRID. | |
| Un año... 30,00 ptas. | Un año... 36,00 ptas. | Un año... 18,00 ptas. | Un año... 21,00 ptas. | Un año... 13,00 pesetas. | Un año... 27,00 ptas. | Un año... 27,00 ptas. | Un año... 29,00 ptas. |
| Seis meses... 15,50 » | Seis meses... 18,50 » | Seis meses... 9,50 » | Seis meses... 11,50 » | Seis meses... 7,00 » | Seis meses... 14,50 » | Seis meses... 14,50 » | Seis meses... 15,50 » |
| Tres meses... 8,00 » | Tres meses... 9,50 » | Tres meses... 5,00 » | Tres meses... 6,00 » | Tres meses... 3,50 » | Tres meses... 7,00 » | Tres meses... 7,00 » | Tres meses... 8,00 » |
| Un mes... 3,00 » | | Un mes... 2,00 » | | Un mes... 1,25 » | Un mes... 2,50 » | Un mes... 2,50 » | |

Los precios de suscripción en CUBA, PUERTO-RICO y demás puntos de América los fijan los Agentes. — En PORTUGAL rigen los mismos precios que en España, con solo el aumento de 10 por 100, en razón al mayor coste de franqueo.

Agentes generales.—MONTEVIDEO: Sres. A. Barreiro y C.ª—BUENOS AIRES: D. Manuel Reñé.—CHILE Y PERÚ: D. Julio Real y Prado.

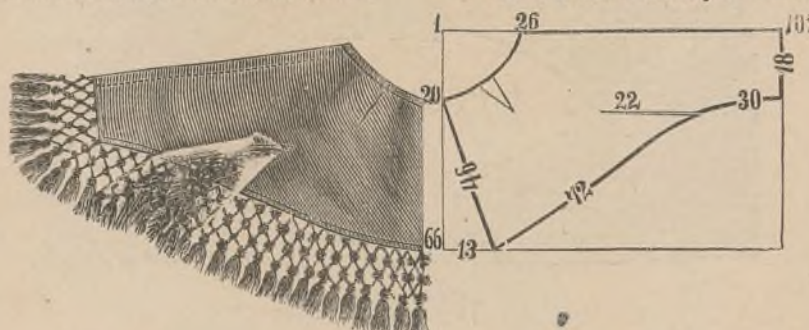
SUMARIO.

Explicación de los grabados, por Joaquina Balmaseda. — Mangas elegantes para vestidos. — Cuello, corbata y pañuelo de moda. — Corbata de cachemir brochado. — Alfombra de piel con cenefa de paño. — Transparente adornado con puntillas. — Dibujo de punto de aguja para colchas. — Bordado en cañamazo Java. — Cajas para la labor. — Cepillo con bordado. — Bolsillo de crochet y trenquilla. — Alfombrilla para lámpara: bordado veneciano. — Encaje bordado en tul. — Puntillas, entredoses, cenefas de crochet, trenquilla y calados. — LITERATURA: Piedad, poesía, por C. M. P. — Recuerdo del Día de Difuntos, poesía, por Luisa Durán de León. — No los olvido, poesía, por Emilia Calé Torres de Quintero. — El dedal, por Felicia. — Amor de madre, por María del Pilar Sinués. — Marina, por Angela Grassi. — La maternidad. — Correspondencia. — Explicación del figurín.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1. PATRON PARA MANTELETA.

Es la que presentaba el núm. anterior en los grabados 5 y 6 hechos en cachemir ó paño negro: dos líneas paralelas muestran la abertura para los brazos, que va guardada por el adorno, y la costura de la espalda y pliegue del hombro se planchan por el revés. Para lo demás, remitimos á nuestras lectoras al número anterior.



1. Patron para la manteleta del número anterior, grabados 5 y 6.

3. BORDADO EN CAÑAMAZO JAVA.

Puede servir para almohadon ó para pequeña alfombra de una lámpara sobre la mesa: el bordado en cañamazo Java se ejecuta con lana de colores á puntos largos, que van claramente indicados en el dibujo.

4a, 4b y 14. ALFOMBRA DE PIEL.

Dos tiras de paño de 5 1/2 centímetros de ancho, cortadas á ondas y bordadas como indican los núms. 4a y 4b, guarnecen la alfombra alrededor. La cenefa número 4a es de color de cuero bordada con torzal de dos tonos de igual color, y la núm. 4b es de color más claro, con torzal igualmente de dos tonos alternados. Las tiras se colocan una sobre otra, como indica el dibujo, entre el forro de paño y la piel.

5 á 9. TRASPARENTE DE BALCON.

Los núms. 7 y 8 ofrecen, de tamaño natural, una puntilla y entredos hechos de trenquilla de picos, blanca ó cruda, segun sea la tela del transparente: el entredos y la puntilla van separados por una tira doble de 3 centímetros, que sirve para pasar el baston de peso. Con un poco de costumbre se ejecutarán estas puntillas con gran facilidad, hilvanando la trenquilla sobre hule dibujado, y uniéndola con cordoncillos hechos con aguja de coser.

Las puntillas 5 y 6 son de este mismo género; la primera hecha con cordón perlado y crochet, y la segunda con trenquilla sou-tache y calados de aguja de coser, como la número 7. Ambas pueden servir tambien para el mismo objeto.

10. DIBUJO DE PUNTO DE AGUJA PARA COLCHA.

Este dibujo presenta, en tamaño reducido, 4 cuadros ejecutados separadamente, y para cada cuadro se seguirá la siguiente explicación: Se ponen en la agu-



4a. Guarnicion para la alfombra núm. 14.

3. Bordado en cañamazo Java.



4b. Guarnicion para la alfombra núm. 14.

ja 3 puntos, y se hacen las vueltas yendo y viniendo, volviendo á cada una la labor.

- 1.ª Vuelta: 1 sin hacer, 1 trab., 2 lis.
- 2.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 1 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 3.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 2 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 4.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 1 lis., 1 trab., 4 lis., 1 trab., 1 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 5.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 2 lis., 3 del rev., 1 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 6.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 2 lis., 1 trab., 3 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 7.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 3 lis., 5 del rev., 2 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 8.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 3 lis., 1 trab., 5 lis., 1 trab., 3 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 9.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 4 lis., 7 del rev., 3 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 10.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 4 lis., 1 trab., 7 lis., 1 trab., 4 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 11.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 5 lis., 9 del rev., 4 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 12.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 5 lis., 1 meng., 5 lis., 1 meng., 5 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 13.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 6 lis., 7 del rev., 5 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 14.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 6 lis., 1 meng., 3 lis., 1 meng., 6 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 15.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 7 lis., 5 del rev., 6 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 16.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 7 lis., 1 meng., 1 lis., 1 meng., 7 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 17.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 8 lis., 3 del rev., 7 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 18.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 8 lis., 1 meng. de 3 puntos, 8 lis., 1 cruzado, 1 lis.
- 19.ª: 1 sin hacer, 1 trab., 18 lis., 1 cruzado, 1 lis., y con esta vuelta termina el primer moño ó lunar de realce. Despues se ejecuta una vuelta lisa, y entre cada nuevo lunar se dejan 13 puntos, repitiendo para cada uno lo que queda explicado para el primero, y copiándolo dos, tres y cuatro veces en cada aguja, segun se van aumentando puntos: la última vuelta despues de hechas las cuatro carreras de lunares, tiene 69 puntos, con los que se hace la primera carrera de la otra mitad del cuadro, y comienza á disminuirse tomando cada vez 2 puntos juntos despues del primero y antes del último punto de cada vuelta. * Las cuatro primeras vueltas del derecho.
- 5.ª 1 sin hacer, 1 meng., 1 trab., 1 meng., 1 trab., y así hasta el fin de la aguja, donde se hace el menguado, y el último liso, 5 vueltas del rev., y se repiten 5 veces estas 10 vueltas desde la señal *, con lo que termina el cuadro.

2. Modo de ejecutar la bolsa de crochet, grabado 26.

Para la cenefa, que se hace aparte y forma rayas rizadas, se ponen 20 puntos en la aguja, y se hace: 1.ª vuelta: 16 del rev., 1 trab., 4 del rev., y para el primer lado. 1.ª vuelta: 1 sin hacer, 1 lis., 1 cruzado, 1 menguado,

1 trab., 16. lisos, 1 cruzado.

2.^a: 1 sin hacer, 15 del rev.

3.^a: 1 sin hacer, 14 lis., 1 cruzado.

4.^a: 1 sin hacer, 1 meng. del rev., 1 trab., 1 lis., 3 del rev.

Estas 4 vueltas se repiten 3 veces para cada raya del derecho, y para la del revés estas otras cuatro:

1.^a: 1 sin hacer, 1 lis., 2 cruzados, 1 meng., 1 trab., 1 lis., 16 del rev.

2.^a: 1 sin hacer, 15 lisos.

3.^a: 1 sin hacer, 15 del rev.

4.^a: 1 sin hacer, 14 lis., 2 cruzados, 1 trab., 1 lis., 3 del rev.

12 Y 13. MANGAS PARA VESTIDO.

Ambas están hechas con dos telas, la primera á bulbones rayados, cortados por bieses lisos sujetos con botones, y la segunda con doble vuelta brochada, sujetas por lazos de cinta de seda. Sirven indistintamente para seda, lana ó terciopelo.

15. BORDADO PARA MANTELETA.

Corresponde á la que presentaba el núm. 4 del CORREO anterior, y debe bordarse en cachemir con soutache perlado y torzal negro al pasado.

17. ENCAJE BORDADO EN TUL.

Puede emplearse como adorno de mangas interiores, fichús, bertas, etc. El bordado se ejecuta con hilo plata á zurcido, y los contornos con hilo más grueso ó feston: el del borde del encaje puede llevar además piquillo para enriquecerle.

18 Y 30. TAPETE DE BORDADO VENECIANO.

El núm. 18 ofrece en tamaño reducido una alfombrilla de tela cruda con jareton calado, y formando un cuadro de 34 cents. El núm. 30 presenta parte del bordado en tamaño natural, hecho á puntos largos y cruzados, y los tallos á cordoncillo muy claro sobre un hilo grueso. La combinación de dos algodones de distinto grueso ó distinto color, da gran realce á este bordado, en el que deberán hacerse primero los contornos y despues el relleno de las hojas.

19 Y 20. PAÑUELO Y CORBATA.

La forma del cuello, al par que ofrece novedad, sienta muy bien, pues aunque conserva la de los cuellos de hombre, es más cómoda y elegante. Se corta al hilo, escotándolo de un cent. hacia el centro. Su largo es de 28 á 30 cents., con 5 de altura por delante y 7 por atrás, haciéndose de Holanda con un forro triple y circuyéndole todo alrededor con un espunte á un cent. de distancia del borde. Concluido ya, se le monta á una tira al hilo que cierra por delante.

La corbata y el pañuelo, son de batista con cenefa de color y dobladillo calado. La corbata, cortada al biés, tiene 6 centímetros de ancho, se dobla de arriba abajo á lo largo, y los bordes, juntándose por debajo, se unen con algunos puntos invisibles.

21. CORBATA DE CINTA Y ENCAJE.

Llamamos la atención de nuestras lectoras acerca de los elegantes tejidos de seda para corbatas que ha creado la moda actual.

Las hay de todos los colores, y se llevan de todos modos, con cuello vuelto y sujeto con un aro de metal, como la sortija que usan los hombres, ó con cuellos altos prendidos por delante con alfiler, del que cuelga un medallón. Nuestro modelo es de cinta de cachemir azul marino con guirnalda brochada de hojas blancas, imitando el bordado al pasado. La cenefa es azul y blanca, con puntas desfiladas hasta la altura de 3 centímetros. La corbata mide 218 centímetros de largo por 12 de ancho.

22 Y 23. CEPILLO CON BORDADO.

El borde de marfil que rodea y sujeta al mismo tiempo el bordado, da á este cepillo un aspecto muy elegante y propio para hacer un regalo á un caballero. El bordado se ejecuta sobre paño ó piel gris, con gris más oscuro y algunos puntos de oro. El arabesco se borda con cordoncillo fino, soutache perlada, y seda de Argel. Los diferentes puntos y colores que deben emplearse los indica claramente el grabado 23, de tamaño natural. De las dos letras enlazadas, la una se borda con hilo de oro y la otra con cordoncillo de oro y puntos de seda gris.

24, 25, 11 Y 16. CAJA PARA LA LABOR.

Una caja de carton de 17 centímetros de largo por 7

de ancho y 4 ó 5 de altura, adornada en su parte interior con un papel moiré, y que tiene la tapa chata, constituye la parte esencial del modelo, representado con distinto adorno en los grabados 24 y 25. El adorno del modelo 25, consiste en paño gris perla, bordado á cadeneta ó puntos largos, con seda azul y gris de dos tonos. El grabado núm. 16, da, de tamaño natural, el modelo de los ángulos, que se bordan al mismo tiempo que la cenefa. Una tira de paño picada por ambos lados, de 22 centímetros de largo por 13 de altura circuye la caja, y lleva un dibujo análogo. La caja núm. 24 lleva un acerico de raso azul, sobre el cual un pasador, sostenido por dos montantes de metal, sujeta los devanadores de hilo de diferentes gruesos. Una ruche de raso azul rodea la tapa y oculta la union de la cubierta, que es tambien de raso azul, cuyo adorno completa el lindo bordado sobre tul, grabado 11.

26 Y 2. BOLSILLO DE CROCHET Y TRENCILLA.

Materiales: Trencilla, hilo y cuentas de acero del número 5.

Mide 32 centímetros de largo por 7 de circunferencia, y se ejecuta con 6 órdenes de trencilla, sujetas unas á otras con bridas de crochet y puntos en el aire, como muestra el grabado 2 de tamaño natural. Se empieza con una brida sobre un pico de la trencilla á izquierda; luego 3 en el aire. Para hacer las otras dos bridas en el pico de la trencilla inmediata, es preciso volver la labor. De este modo alternan 2 bridas y 3 puntos en el aire. En cada una de las hileras, las dos bridas se encuentran sobre el mismo pico de la trencilla, como lo indica el grabado 2. Al unir las dos últimas trencillas, se deja en medio una abertura reforzada con una vuelta de bridas y otra de puntos en el aire formando bucleillos. Cada uno de éstos consta de 4 puntos en el aire, 1 punto d. entre cada 2 bridas, terminando con puntos dobles todo alrededor.

El adorno de cuentas se ejecuta de distintos modos por ambos lados, como indica el grabado 26. El fleco y las borlas son de algodón, adornándose los pasadores del mismo modo.

JOAQUINA BALMASEDA.



¡PIEDAD!

Miradla ¡yerta ya!... Su faz hermosa, rígida, inmóvil, sobre el lecho yace: bajo el dormido párpado reposa la fúlgida mirada; y blanca, inanimada, la dulce mano al borde lánguida cae. Ni el tranquilo brazo, ni el ténue labio de contorno fino, ni la frente serena distinguida, dicen que á turbar vino el postrimer instante de su vida ninguna amarga queja contra su infausto terrenal destino. Cuanto en el mundo deja, honor, aplausos, amistad, amores (que el cielo bendijera en la aún no lejana primavera de sus días mejores), todo ante Dios, que de su ser dispuso, todo ante Dios con humildad lo puso. ¡Santa resignación! ¡alma elevada! ¡qué fuerza heroica y voluntad potente brillar aún se ve en la ebúrnea frente! Cual ráfaga veloz pasó sublime del último dolor la llamarada: venció; y la gloria, ante su Dios ganada, ved qué nobleza en su semblante imprime. «¡Mi esposo aquí! ¡mis tiernas hijas léjos, allá del mar inmenso en la otra orilla!... ¡El ángel, que aquí vino, me precede bogando por la altura hacia otro puerto!... Que en tu seno, Señor, encuentre abierto de tu gloria el arcano... Mas perdonad; mi corazón no puede, viendo mi fin cercano, negar una mirada de tristeza á los que aquí...» Turbóse su cabeza, del esposo pensando en la amargura, de los padres en la íntima congoja,

de otras dos tiernas hijas en la triste orfandad y desventura. Pero vino á carnerse en el ambiente un rayo puro luminoso; el beso de casto amor en la turbada frente dejó, al llegar, impreso; y vuelta entónces la mirada triste de la madre afligida hacia el rayo de luz, «¡hija querida! exclamó con anhelo, ¡qué hermosa vienes desde allá del cielo! Dios, de tu padre y tus hermanas cuida, me dices... Es verdad... ¡juicios supremos! Perdon, Señor, tu esclava soy; volemos.» ¡¡Piedad!! ¡¡María!! de dolor transido gritó el esposo, el padre, que al pié del lecho se halla sin sentido: y en vano sus acentos resonaron; que las dos almas hacia Dios volaron...

¡Qué día tan alegre y placentero aquel en que la quilla poderosa desde Gádes tomó su derrotero con la hija y la esposa hacia Cuba, la joya de los mares! Riendo iba la brisa juguetona entre la hinchada lona; cambiantes á millares en las ondas del ponto producía la luz con sus reflejos, semeando á lo léjos el brillo de preciosa pedrería. Hija y madre con gozo contemplaban la grandeza del mar; y al caro esposo y al padre oír ansiaban referir de la ausencia los sucesos en las plácidas horas de reposo. Llegó el deseado instante: en la muralla, que de la ciudad guarda el ancho puerto, un jefe militar contempla (y calla) de la gallarda nave que surca la bahía, el porte airoso. Adivinar no sabe que cargamento tan precioso lleve; mas mira, observa atento del buque el majestuoso movimiento. ¡Oh momento feliz! ¡dulce sorpresa! ancla la nave; del costado súbito sale remera lancha, que presto el muelle besa; y el corazón se ensancha del jefe militar... ¡¡Piedad!! ¡¡María!! clamó entónces tambien con alegría. En alas del amor volaban ellas; con lágrimas de amor él las veía. ¡Tan léjos! ¡ya en sus brazos! ¡oh cuán bellas de esposo y padre la mirada fija, allá en un nuevo mundo, encontraba á la madre y á la hija!... ¡Oh cuán distante del tremendo caso vuestro ánimo se hallaba, cuando entre dichas tan feliz bogaba!...

Descansa en tu letargo, padre infeliz, esposo sin ventura; aún será muy largo el tiempo que sumido en la amargura tu espíritu ha de estar: copioso llanto te resta que verter; pensar perderlas tú no podías; ¡las amabas tanto!... Cuando soplo traidor de fiebre aguda, tus glorias acechando y su contento, cebó en ellas violento su tósigo mortal, no vió sin duda tu amante corazón romperse el hilo de tan preciosas vidas. Ahora, ya perdidas las esperanzas que forjó el deseo, rendido á tanto afán y tanta pena, al pié del triste lecho aquí te veo. Tambien en alas del amor de hermano mi espíritu ha venido en raudo vuelo, cruzando los desiertos del Oceano: hacia el supremo Empíreo las ví, las ví subir con pío anhelo: caballero cristiano, allí, allí están: despierta y mira al cielo. No de tus ojos ver el llanto enjuto fué mi intento en mi fúnebre viaje: que en crespones de luto

la pobre lira revestida traje.
Despierta y llora; ¡triste vida humana!
¡Tú lloras una esposa! ¡yo una hermana!

Pero despues del llanto
que envía el corazon en tal angustia
y ahoga en mi garganta el triste canto,
aún la ronca lira,
aún por un momento pulsar quiero:
cristiano caballero,
despierta; al cielo mira:
su amor, tu amor ensalzan
allí hija, esposa, en sin igual fortuna:
y si á la patria vuelves los sentidos,
dos hijas más, dos ángeles dormidos
verás allí sobre una misma cuna.
Las que al cielo volaron, desde el cielo
te muestran en la tierra ese consuelo.

Madrid 25 de Setiembre de 1876 (4).

C. M. P.

RECUERDO DEL DIA DE DIFUNTOS.

Dobla triste la campana
y á su acompasado son,
se acongoja el corazon,
al recuerdo de mañana.

Ese mañana vendrá
brillando en nuestro horizonte,
y al más encumbrado monte
de un soplo derrumbará.

Hombre, tu imaginacion
encuentra mezquino el mundo:
y la apaga en un segundo
de la muerte el aquilon.

Nacen tus vanos deseos
y mueren como la espuma,
y el viento, cual leve pluma,
arrastra tus devaneos.

De ese continuo soñar
que te agita y te devora,
al sonar la última hora
dime tú: ¿qué ha de quedar?...!

Entonces sabrás, ya tarde,
que brillaron hermosuras
engañadoras é impuras,
de su encanto haciendo alarde.

Y en el mar de su hediondez,
convertidas ya en escoria,
dejaron sólo en memoria
la farsa de su honradez.

Y del mundano jardín
las más matizadas flores,
pálidas ya y sin colores,
verás agostarse al fin.

Y cuando encuentres perdido
su esmalte deslumbrador,
su belleza, con dolor,
recordarás que ha existido.

Soplo vano es todo aquí,
que se apaga cual lamento,
ménos mi cruel tormento
que vive eterno, ¡ay! en mí.

Lágrimas del corazon
abrasaron mi mejilla
en mi inocencia sencilla,
cuando perdí la ilusion.

Si tanto lloré al vivir,
esperar debo con calma
del mártir la verde palma
que me sombree al morir.

En el vasto cementerio
podeis dejarme lugar
para venir á llorar
en su solemne misterio.

Cual sueño fugaz del mundo
olvidar podré los males;
en las urnas sepulcrales
tendré reposo profundo.

Del silencio de la tumba
admiro la majestad,
que el eco de la verdad
en sus ámbitos retumba,

Inscripciones mortuorias,
coronas, cruz solitaria,
flores, urna cineraria,
tristes y dulces memorias;

Pláceme vuestra quietud,
melancólicos poemas,
que en ricos ó pobres lemas
encierra el frio ataúd.

Tras la losa mortuoria
sella la cruz la igualdad;
que hermana la humanidad
haciendo comun su historia.

La tierra vuelve á su ser,
y el poder de un soberano,
reducido á polvo vano,
puede en mi mano caber.

El orgullo de la tierra,
ambicion y vanidad
que anhela la humanidad,
todo una losa lo entierra.

Mas ya la luna argentada,
que triste brilla al trasluz
del ciprés, su tenue luz
envia hasta mi velada.

¡Adios! y en paz descansad:
cuando la muerte sombría
apague la vida mia,
sitio para mi guardad.

LUISA DURAN DE LEON.

NO LOS OLVIDO.

Del tormentoso mar de mis memorias
En el revuelto é incesante giro,
Suena una voz, un lúgubre suspiro,
Un eco funeral.

Al vibrar su sonido misterioso
Se agita el alma con penar profundo,
Y al eco sigue más allá del mundo,
Cual centro de su amor.

¿Por qué la calma sólo encontrar puedo
En ese acento sepulcral y triste?
¿Es que tan sólo en el dolor existe
Todo el bien para mí?

¡Ay! es que el alma en el recuerdo vive
De los muertos que fueron su ventura,
Sin que rompa la fría sepultura
Esa invisible union.

¿Cómo olvidarlos, ¡ah! si aquí ellos fueron
Compañeros de dichas y dolores?
¿Cómo no darlos las sagradas flores
Del llanto y la oracion?

Nuestras almas, en místico consorcio,
Siguiéron en la tierra su destino;
Si ese lazo deshizo fatal sino,
En Dios se anudará.

Del ignorado asilo de los muertos,
Hasta mí llega su lenguaje extraño;
Sus noches solitarias yo acompaño
Con mi recuerdo fiel.

Yo á sus tumbas envío amargo llanto,
Que en copioso rocío se convierte,
Brotando en cada gota que allí vierte,
Emblemática flor.

Yo creo oír en el rumor del viento
Que los espacios salva, este mensaje:
"Las preces de tu sincero homenaje,
"Puras llegan á Dios.

"No trunca, no, la muerte esa cadena
"Que une á las almas, su deber no excluye;
"Allí dó el terrenal amor concluye
"Germina un nuevo amor.

"Y del amor que fué y el que comienza,
"Es la tumba, purísima alianza;
"A un lado brilla escrito: *Fé, Esperanza,*
"Y al otro, *Caridad.*

"Ora tú por nosotros: no lo olvides,
"Que por tí vuela al cielo nuestro ruego,
"Y un ángel graba en él con sacro fuego
"Nuestra mútua oracion."

¡Almas que tanto amé! pueda en mi anhelo
Hallaros al traves de la distancia;
Con mi espíritu veros en la estancia
Que el Señor os marcó.

Y un himno entonaré al vuestro unido
Si gozáis ya de la célica ventura
Ó á redimir irá mi ofrenda pura
La justa expiacion.

Por el triste desierto de la vida
Voy en pos de la inmensa caravana,
Sin saber si la aurora del mañana

Aquí saludaré.
Pobres almas, adios: el tiempo rauda
Las horas lleva á mi existir incierto;
En tanto, de las lágrimas que vierto,
Vuestro será el raudal.

Yo velaré vuestras queridas tumbas:
Con flores cubriré su negro hueco;
Y cuando ese jardín se muestre seco,
Será que he muerto yo.

EMILIA CALÉ TORRES DE QUINTERO
Lugo 2 de Noviembre de 1876.

La célebre escritora que se oculta bajo el pseudónimo de Felicia, y que durante tantos años ha enriquecido las páginas del *Diario de la Marina*, que se publica en la Habana, nos ha favorecido con el adjunto bellissimo artículo, por el cual nos apresuramos á enviarla, juntamente con las gracias, los plácemes más sinceros y entusiastas:

EL DEDAL.

La criada barria la sala de la escuela gratuita; las partículas de polvo bailaban al sol; el viento agitaba las canas de la pobre vieja, cuyas arrugas se coronaban de una plateada aureola. Aprovechándose las alumnas de la momentánea ausencia de la directora, se levantaron tumultuosamente, arrojaron sus utensilios de costura y gritaron en coro:

—¡Fuera dedal! Es nuestra pesadilla, nuestro tormento, nuestro verdugo. ¡Fuera, fuera!

Y los dedales rodaron por el suelo, sin saber en dónde refugiarse, perseguidos por implacables puntapiés.

—Juicio, locuelas, dijo la anciana sirvienta dando escobazos sobre los revoltosos piececillos. Por lo mismo que os quiero, no os permito despreciar el dedal.

—Ese instrumento del trabajo mezquino, fastidioso y humillante, tiene en tí, Mónica, una digna partidaria. Si nos subleváramos contra los libros no tomarías el asunto con tanto calor.

—Os burlais, tontuelas, y no debo quejarme, contestó Mónica apoyándose en su escoba como un soldado en su fusil. También yo desdené el dedal en mi tiempo, desconociendo su importancia doméstica. Ufana con mi lindo palmito, envanecida con los agasajos de mis mayores, creíame nacida para reír siempre y no trabajar nunca, á pesar de carecer de bienes mi familia.

—¿Es posible que una viejecita como tú haya sido bonita, Mónica?

—Tan posible como que vosotras seréis feas algún día, majaderas. Aunque la juventud parece eterna en la niñez, la vejez se adelanta como la nube que va rodeando al sol hasta llegar á cubrirlo del todo. Pero el sol, chiquillas, vuelve á resplandecer, y la edad florida no renace cuando se ha perdido. Así me lo decía mi madrina de bautismo, sin que yo la creyese más de lo que vosotras me creéis á mí. Mimada por mis padres, me obstinaba en desoir la voz de la razón. ¡Cuán desgraciados son, oh, niñas, los padres pobres que en lugar de robustecer las fuerzas de sus hijas las destruyen con la molición del regalo, imposibilitándolas para las luchas de la adversidad! ¡Ah! ¡sí, son muy desgraciados porque hacen infelices á las criaturas á quienes desean hacer dichosas!

—Segun eso, ¿creciste, Mónica, entre flores?

—Crecí entre comodidades superiores á los recursos de mis deudos. Colmábanme ellos de caricias y presentes, seducidos por mi gentileza. Más fácil es dar un beso y una cinta, que consejos útiles á quien los recibe con disgusto. Solamente mi madrina persistía en censurar mi descuidada educacion. "Ya que no la instruyes intelectualmente, aficiónala á las modestas labores que ayudan mucho á la mujer sin riquezas," decía á mi madre, que se enfadaba oyéndola. Mi buena madrina predicó en desierto sus sermones de moral. Cumplí veinte años sin pensar en otra cosa que en los obsequios con que festejaban mis parientes y amigos mis natales.

—¿Te regaló entonces algo la madrina regañona?

—Un dedal, curiosillas.

—¡Primorosa fineza!

—Toma, díjome con intencion; no te lo doy de oro, porque los dedales muy caros trabajan poco, ni de cobre ó acero, porque los dedales muy baratos trabajan demasiado. Te lo he comprado de plata como simbolo del término medio que separa la ociosidad de la fatiga excesiva y abrumadora. Este dedal indica la suerte que para tí espero de la Providencia; la de activa, industriosa y honrada madre de familia.

Léjos de apreciar el buen deseo de la mujer excelente que así me hablaba, tiré el dedal á un lado con desprecio. Hallólo una criada olvidada en un rincón, y recogiólo, lo guardó en mi armario.

(4) El terrible desastre que en estos renglones se lamenta, acaeció en la Habana en los días 8 y 10 de Agosto de 1876.

No obstante los defectos que me habia comunicado la mala crianza, permaneció mi corazón bastante puro y sano para merecer el

amor de un joven generoso. Mauricio, cuya fortuna se reducía á su inteligente laboriosidad, se figuró que una virgen humilde le convendría más que una señorita encumbrada. Ignoraba que hay doncellas pobres de tantas exigencias como las ricas, á quienes la palabra *matrimonio* no inspira ideas de grandes y reciprocos deberes, sino de holgura y comodidades obtenidas á costa de los sacrificios del afanado esposo.

De este modo comprendía yo la asociación conyugal. Aunque á Mauricio amaba, encontraba natural y justo que se matase trabajando para que yo gozase. En vez de agradecer su abnegación, me repetía á mí misma con ingratitude:

8. Entredos correspondiente á la puntilla núm. 7.

¿Acaso es mi marido el único que trabaja? Otros se afanan más que Mauricio y tienen á su esposa mejor de lo que él me tiene á mí.

El nacimiento de una hija dió aumento á mi displicencia. La necesidad de lactarla por haberme Mauricio indicado su imposibilidad de pagar ama de cría, me puso de pésimo humor. ¿Para esto me he casado? murmuraba cuando perturbaban mi sueño los gritos de la niña. Entonces Mauricio, venciendo el quebranto de sus fatigas diarias, se levantaba presuroso, la sacaba de la cuna y la paseaba con la paciencia de un santo.

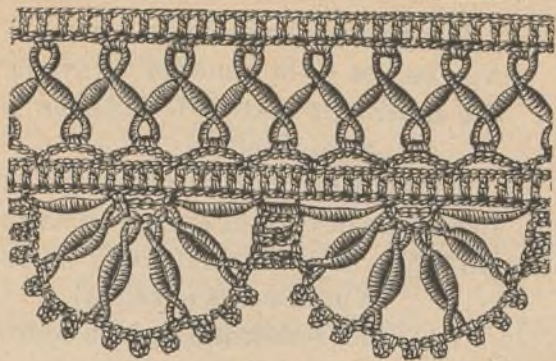
—¡Lloras, Mónica?

—Lloro pensando en lo mucho que puede malearnos una educación indiscreta; lloro recordando mi antigua locura. Indignada contra Mauricio porque me obligaba á cumplir con mis obligaciones, consideré indigno dueño de mi hermosura al hombre que sudaba sangre para sostenerme con decoro; me asomé á los balcones de mi casa, lanzando á los transeúntes miradas de coquetería. ¡Ah! Dios no perdona al ingrato que, poseyendo la felicidad, la desdén impiamente.

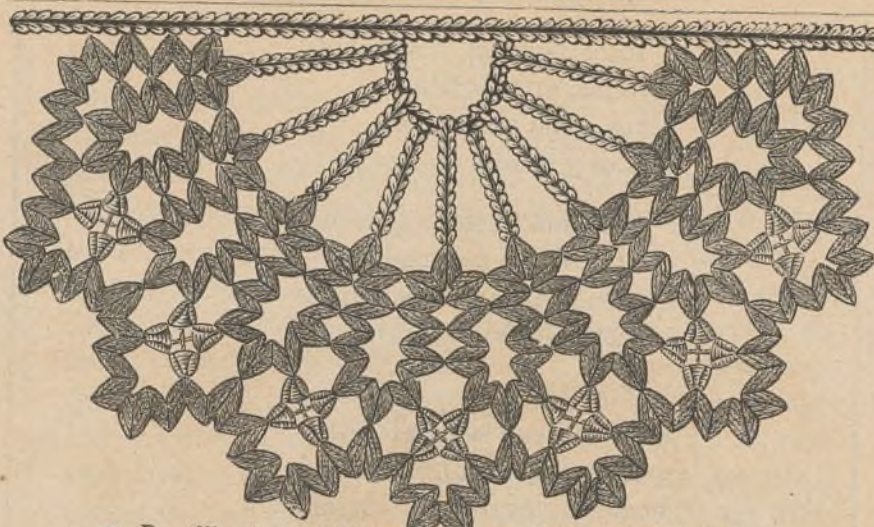
Tocó un día á mi puerta un vendedor de gorritos y camisitas de batista bordada que tentaron mi afecto materno. Probé algunos á Malvarosa,



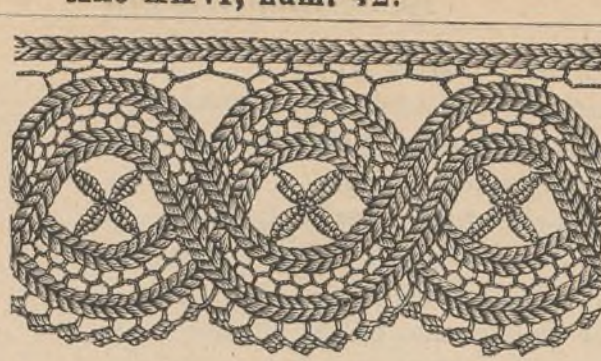
15. Bordado para la manteleta núm. 4 del Correo anterior.



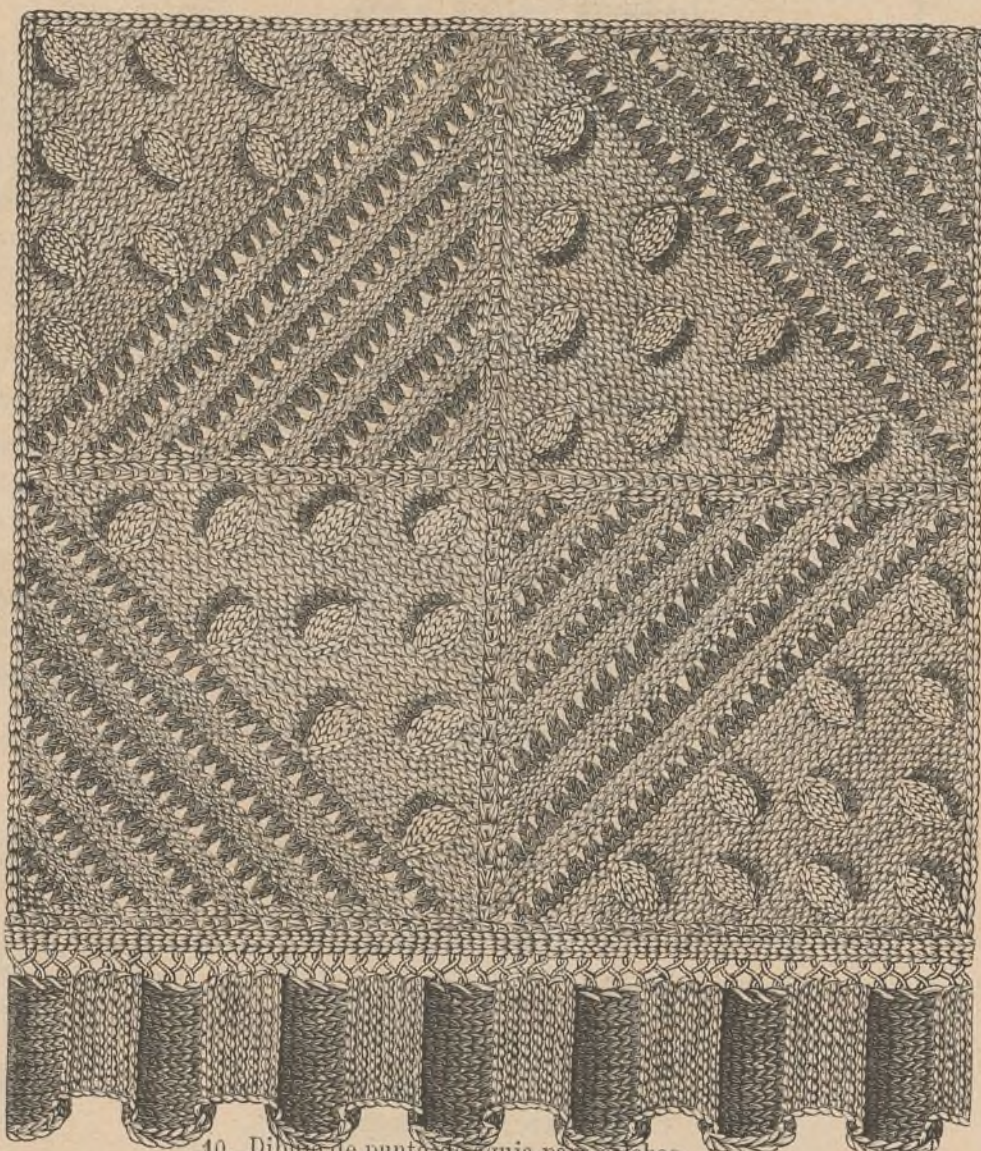
5. Puntilla de crochet y cordon. (Véase el núm. 9.)



7. Puntilla de trencilla y soutache. (Véase el núm. 9.)



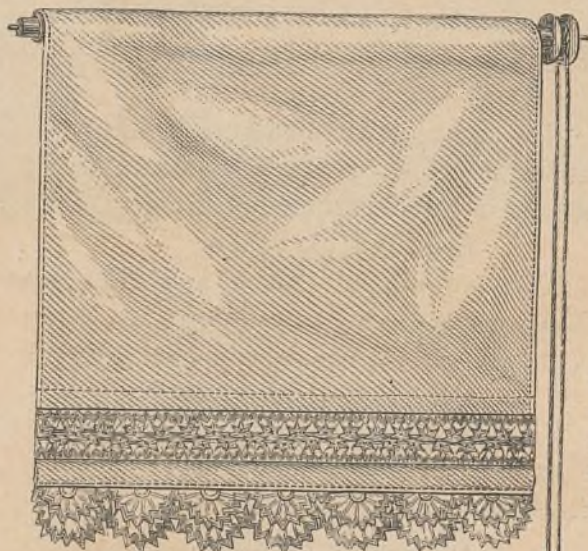
6. Puntilla de trencilla y calados. (Véase el núm. 9.)



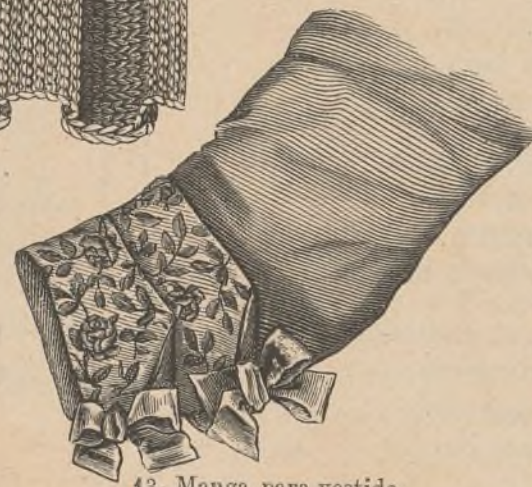
10. Dibujo de punto de aguja para cochas.



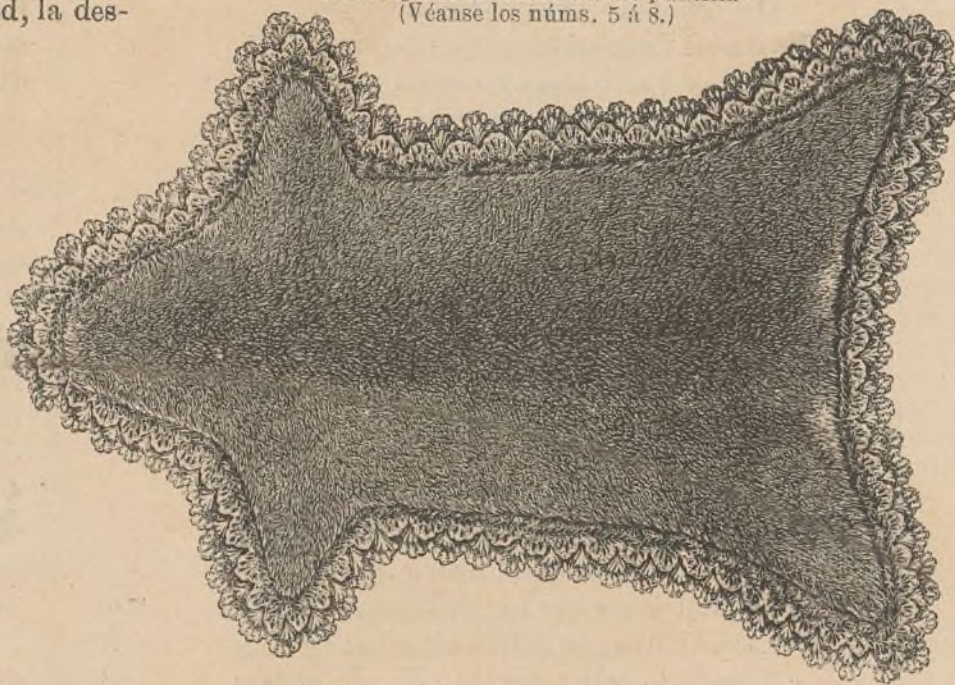
12. Manga para vestido.



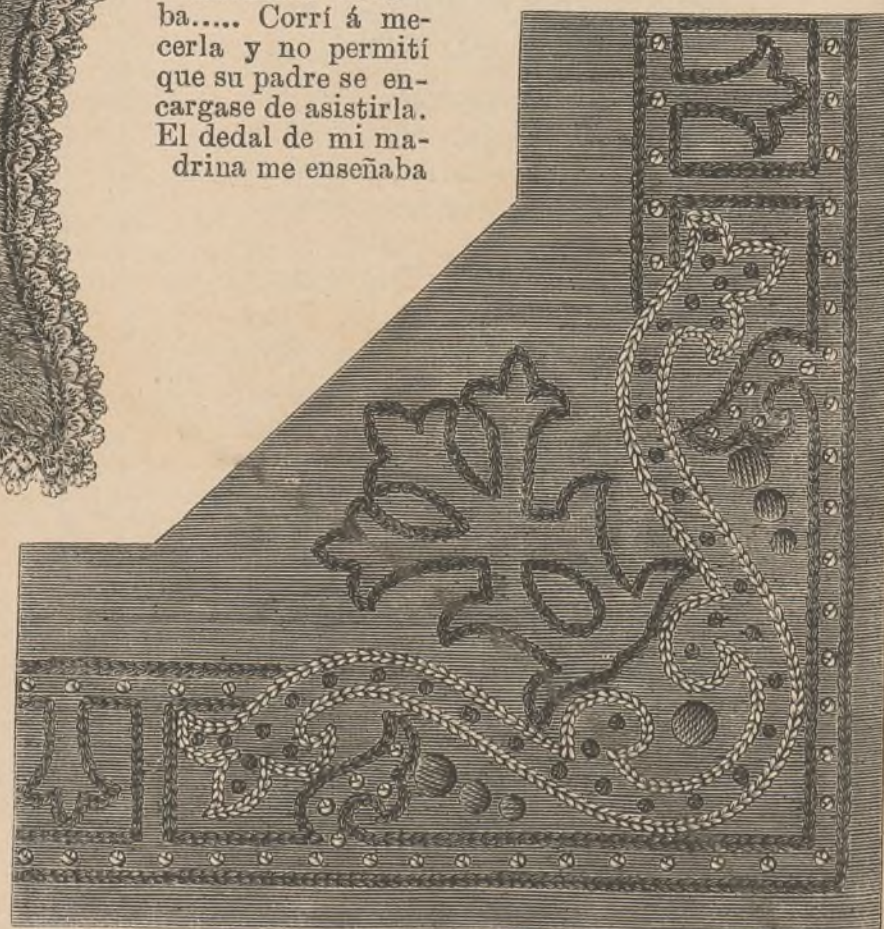
9. Transparente adornado de puntilla. (Véanse los núms. 5 á 8.)



13. Manga para vestido.



14. Alfombra de piel con cenefa de paño. (Véanse los núms. 4a y 4b.)



16. Bordado para la caja núm. 25.

nombre que diera yo á mi hija por su tez suave y sonrosada, y me pareció tan linda, que exclamé con resolución: Aunque se oponga Mauricio, obstinado en ponderar su horror á las deudas, á los empeños, á cuanto pueda disculpar su mezquindad, he de comprar galas á mi angelito.

Revolviendo, á continuación, la gabela que guardaba mi escaso peculio, tropecé con el dedal de mi madrina. Su vista me impresionó de una manera que

las cualidades laboriosas y previsoras que debe poseer la buena madre de familia, murmuré confusa: —¿No podría yo hacer y bordar la ropita de Malvarosa? ¿No me conducire más sensatamente ayudando á mi marido que arruinándolo? Y cogiendo el dedal me puse á trabajar con animación. ¡Qué buen dedal aquel, niñas mías! Comunicaba á la aguja una rapidez extraordinaria, al corazón un bienestar delicioso.

Mauricio, en lugar de encontrarme asomada al balcón me halló cosiendo junto á la cuna de nuestro serafín. Revelóme su alegría cuando lo habían encontrado en tristecido mis necesidades. Sus facciones, imagen durante largo tiempo de quien padece sin esperanzas de alivio, perdieron su melancólica rigidez. Cesando, entonces, mi injusta irritación contra él, me asustaron los estragos causados por el cansancio y los disgustos en su delicada constitución. Yo estaba extraviada y no pervertida. Me arrepentí, pues, con sinceridad, de mis desvarios, prometiendo repararlos con mi enmienda.

11. Entredos para la caja núm. 24.

Horas despues, la noche nos impuso la ley del sueño. Desvelada en mi lecho, me impedía descansar un rumor semejante á la suave queja de las almas nobles y sufridas. A través del silencio nocturno, oía el roce, sobre el papel, de la pluma de Mauricio, que velaba para que se aumentase el bienestar de su familia. De noche adquieren todos los terrores pavorosa magnitud. La certidumbre de que mi compañero sacrificaba su vida al sustento de la mía, derramó un frío mortal en mis venas. La sorda tos que brotaba de su pecho me arrancó gemidos agudos. Arrojándome de la cama, caí á sus pies repitiendo: —¡Perdon! ¡perdon!... —¿De qué? me preguntó el generoso joven con la indulgencia de los indoles superiores al resentimiento. —De haberte perjudicado y afligido, en vez de haberte ayudado y consolado; de haber negado tus bondades en lugar de haberlas reconocido y proclamado con gratitud infinita....

Detúvose la voz de mi arrepentimiento; Malvarosa lloraba.... Corrí á mecerla y no permití que su padre se encargase de asistirle. El dedal de mi madrina me enseñaba

siempre he calificado de providencial. Ofreciéndose á mi memoria los anatemas de la mujer prudente contra la holganza; sus loores de



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2^a, II. Madrid.

Ayuntamiento de Madrid

las obligaciones
telarañas de mi
las ingratitude
dedal hizo prod
buena voluntad
me faltaba par
llegó a sobrar
haceres. Despec
me costaba muc
economizando e
mizaba la salud
habia para qu
conservacion. S



43. Alfombra
para lámpara.
Bordado
veneciano.
(Véase el n.º 30.)

se resentía del e
nes. Su enflaquec
gana me induje
cocina en cuyo
bia dignado imp
Al inspeccionar
sas de la cocinen
tos sin disminu
mesa, y gocé de
que inspira á la
tas el cumplimi
beres.

—¡Qué conten
marido, eh Món.

—Tan alegre s
gonzó. Para expe
hubiera creído f
médicos, del tra
mismo. El temor



24.

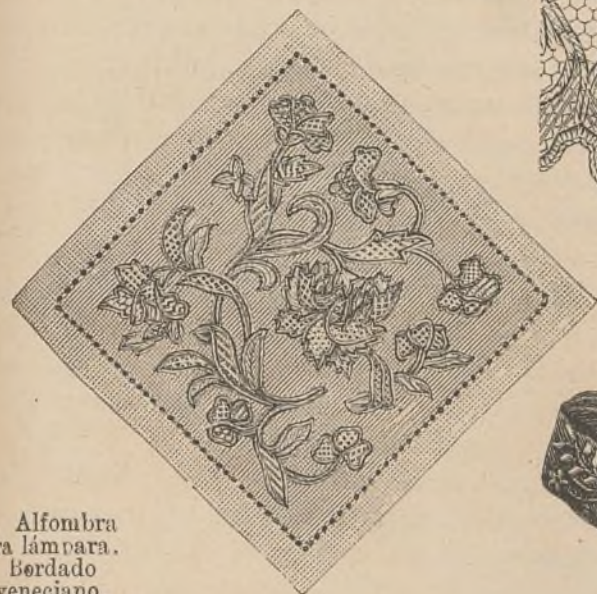
lo perseguía con
lágrimas de ang
vestido. Habia l
ama de veras, an

Un sonido m
hija jugaba con
el dedal de la m
el cielo adverten
lo besé con devo



27. Punto

las obligaciones maternas. Con las telarañas de mi razón desaparecieron las ingratitudes de mi pereza. Mi dedal hizo prodigios. ¡Puede tanto la buena voluntad! El tiempo que antes me faltaba para dar una puntada, llegó á sobrar para todos mis quehaceres. Despedí á la costurera, que me costaba muchos duros mensuales; economizando en mis hogares, economizaba la salud de mi esposo. Motivo había para que me ocupase de su conservación. Su endeble organismo



43. Alfombra para lámpara. Bordada veneciana. (Véase el n.º 30.)

se resentía del exceso de sus afanes. Su enflaquecimiento y su desgana me indujeron á visitar la cocina en cuyo recinto no me había dignado imprimir la planta. Al inspeccionarla descubrí las sisas de la cocinera, reduje los gastos sin disminuir los platos de mi mesa, y gocé del placer legítimo que inspira á las personas sensatas el cumplimiento de sus deberes.

—¡Qué contento se pondría tu marido, eh Mónica!

—Tan alegre se puso, ¡oh, chiquillas! que su regocijo me avergonzó. Para experimentar semejante alborozo era preciso que lo hubiera creído fuera de su alcance. Privado Mauricio, por los médicos, del trabajo nocturno, gastaba lo ménos posible en sí mismo. El temor de tener que recurrir al bolsillo de sus amigos



47. Encaje bordado en tul.



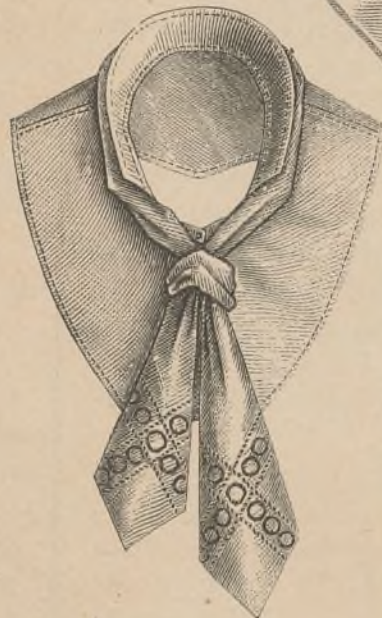
21. Corbata de cinta con encaje.



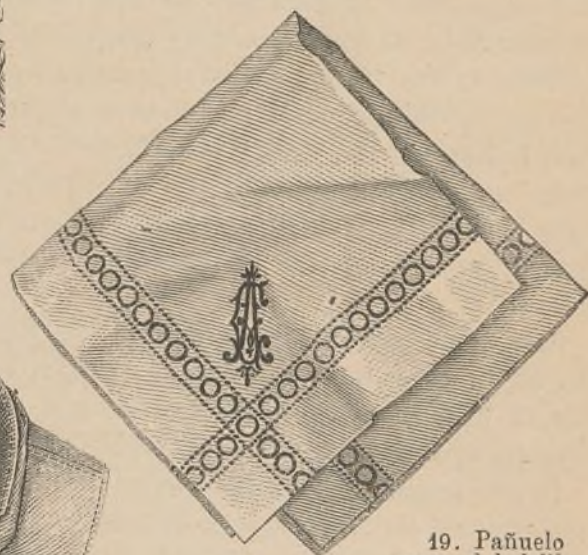
22. Cepillo con bordado. (Véase el núm. 23.)



26. Bolsillo de croché y tréncilla.



20. Corbata correspondiente al pañuelo núm. 19.



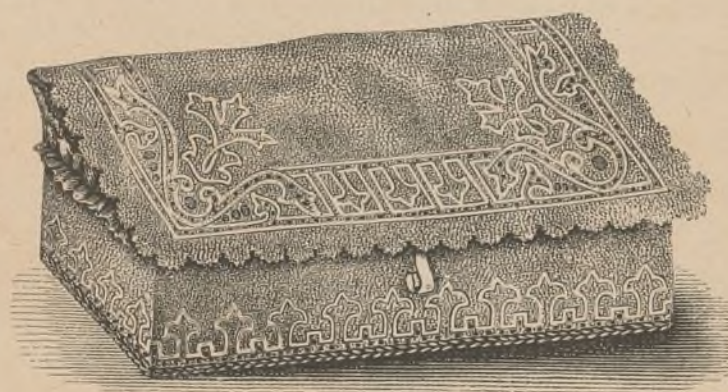
49. Pañuelo para el bolsillo.

Malvarosa seis años, falleció su padre.

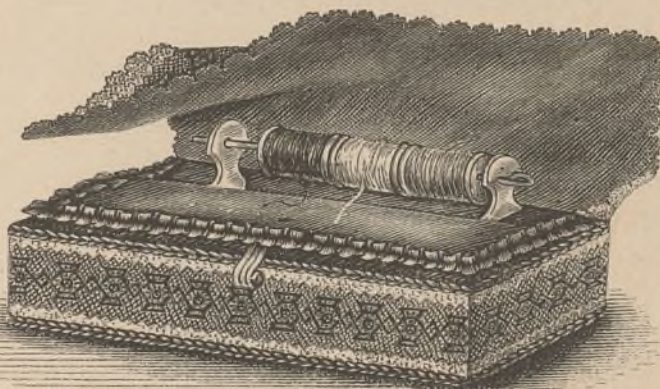
—Pero el amigo rico no te abandonaría, Mónica, exclamó ansiosamente el auditorio juvenil.

—Costeó mi subsistencia ínterin no cesé de repetir anonadada, trastornada, enloquecida: ¡Murió mi buen compañero; murió! En seguida me ofreció su apoyo en cambio de mi honra. Espantada con las miserias que amenazaban á mi hija, iba á escribirle sin rechazar abiertamente su vil proposición, cuando al coger el papel toqué el dedal.

Su contacto, despertando en mi alma recuerdos de virtud, me salvó. Rechacé al libertino y moví la aguja con tal perseverancia, que además del pan de mi tierno vástago, gané la amis-



25. Caja para la labor. (Véase el núm. 16.)



24. Caja para la labor. (Véase el núm. 11.)

lo perseguía como un fantasma horrendo. Una mañana vertí lágrimas de angustia viéndole salir á la calle miserablemente vestido. Había llegado mi hora de amar, y cuando la mujer ama de veras, ama infinitamente.

Un sonido metálico me sacó de penosas meditaciones. Mi hija jugaba con el dedal de plata, el dedal de la clase media, el dedal de la mujer industriosa. Mi madrina me hacía desde el cielo advertencias providenciales. Recogí el dedal querido, lo besé con devoción y cosí afanosamente para Mauricio. Mi

mano inexperta no sabía cortar ropa de hombre; mi enérgico deseo me iluminó en el particular. Descosí una levita vieja, corté otra por ella, y gracias á mi perseverancia, conseguí por pocos duros una prenda que valía muchos más.

Justamente en aquellos días convidaron á Mauricio á una fiesta amistosa. Le aconsejé que aprovechara la ocasión de distraerse, y me respondió con amargura: —No tengo con qué vestirme decentemente. Trémula entonces de júbilo, coloqué ante sus ojos las prendas de que se suponía desprovisto, brillantes, nuevas, llevando el sello de mi esmero conyugal. Y



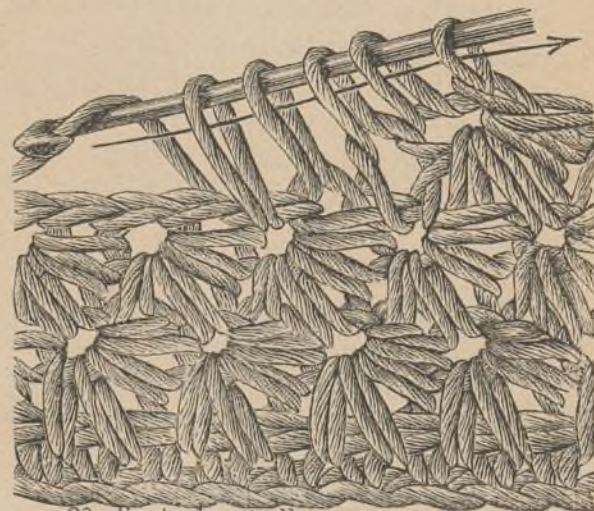
23. Bordado en piel para el cepillo núm. 22.

tad de señoras influyentes, las cuales, dolidas de mi situación me enviaron con frecuencia dinero, alimentos y adornos para Malvarosa.

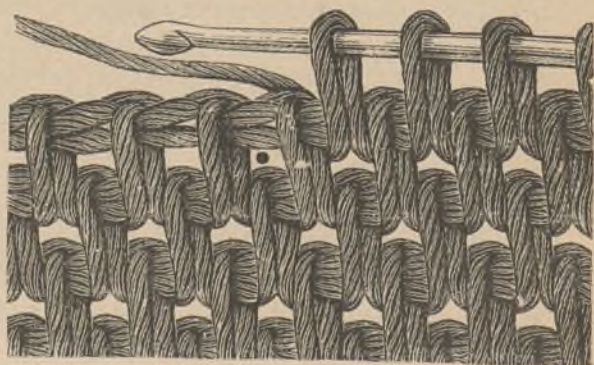
Creció la niña dotada de portentosa belleza, fundando mi imaginación maternal en sus atractivos, esperanzas magníficas. Como por mucho que nos modifique la experiencia siempre conservamos vestigios de nuestra primera educación, me reía de su aversión al dedal, atribuyéndola á presagio de futuras prosperidades. Y como ya no estaba allí Mauricio para estimular mi

azon, crié á mi hija en la indolencia y la ignorancia, según mis padres me criaron á mí.

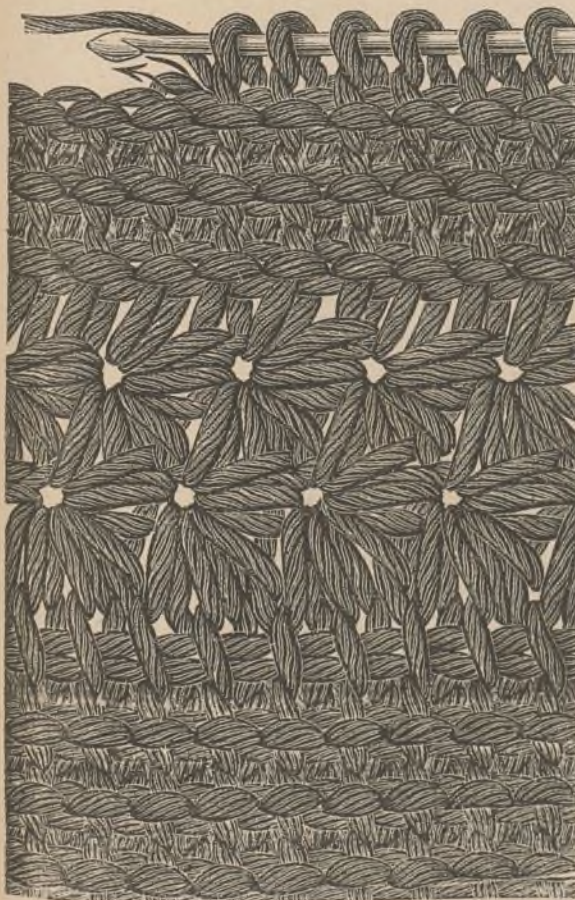
Una mañana ví con horror que en la mano de Malvarosa, pimpollo ya de quince abriles, una sortija de diamantes había reemplazado al dedal. La interrogué y se enfadó: arrojé la sortija á la calle y osé decirme: Iré tras ella. Así lo hizo la desventurada, desapareciendo de mi lado, dejándome sin valor para vivirsola con el dedal, representante severo de la vida afanosa y paciente que ahuyentaba á mi re-



28. Punto de estrella para pañuelos.



29. Punto gobelino de croché para pañuelos.



27. Punto de croché para pañuelos.

toño. Abandonarlo en mi posición equivalía á admitir las degradaciones de la mendicidad. ¡Ay! ¿Qué me importaba el honor desde que se manchaba la flor de mi seno? Primero por desesperación y luego por costumbre, imité á las infelices cuyas ocupaciones se reducen á vagar de casa en casa, narrando cuitas y pidiendo limosnas. Mauricio hubiera padecido atrocemente si á través de la losa sepulcral hubiera visto convertidas, á su mujer en mendiga, á su hija en *Traviatta*. Amad el dedal, niñas pobres, ú os expondeis á terribles desventuras.

Algunos años transcurrieron sin que descubrieran mis investigaciones el paradero de Malvarosa. Una tarde la hallé al fin en la calle, ebria y desmelenada, vendiendo billetes de lotería. Las viruelas la habían robado sus encantos; el viejo seductor que en vano me tendiera sus redes, la había pervertido, y la indigencia la había envilecido asquerosamente. Sólo el dedal puede regenerarnos, hija desdichada, la dije sollozando. Recobremos la paz que no existe lejos de la virtud. ¡Trabajemos, trabajemos!

Malvarosa quiso obedecerme y la fué imposible. Criada en la ociosidad, aborrecía el dedal intensamente. Cierta noche lo pisoteó enfurecida, y á la mañana siguiente apareció muerta en su lecho. ¡Se envenenó!

Ignoro lo que me sucedió á continuación; pero recuerdo que desperté de un delirio horrendo en el hospicio público. Allí languidecía torturada por memorias insufribles. —¿Qué desea V., pobre mujer? me preguntó leyendo una petición en mis ojos la enfermera, benévola hermana de la Caridad. —Dedal y aguja! respondí febrilmente. Quiero zurcir la ropa de las otras enfermas, mientras me obligan mis males á permanecer aquí. ¡Quiero alcanzar, trabajando, el perdón de Dios!

Mi conducta interesó de tal modo á la digna hermana, que para evitar á mis pupilas nubladas por el llanto y la edad el trabajo de la costura, me colocó de sirvienta en esta casa. Ha mucho tiempo que la habito y que ruego diariamente por el alma de la jóven cuya locura la hizo preferir al honrado dedal el suicidio cobarde!

Concluido su relato, volvió Mónica á mover la escoba, y volvieron los átomos de polvo á bailar al sol, y continuó el cefirillo formando con las hebras plateadas de la anciana, á su pálido rostro, una aureola respetable como el arrepentimiento, la paciencia y la resignación. Mónica no refirió su historia inútilmente. Las alumnas de la escuela gratuita, fuertemente impresionadas, á porfía recogieron sus dedales.

FELICIA.

Madrid 20 de Octubre.

AMOR DE MADRE.

NARRACION ESCRITA

POR MARIA DEL PILAR SINUES.

(Continuacion.)

Su parasismo nervioso había durado hasta muy poco hacía; los desmayos se habían repetido con una frecuencia aterradora y hasta alcanzarse uno á otro; pero aquellas gotas de llanto habían aliviado algún tanto aquel pobre organismo tan cruelmente herido.

—¡Vamos, hija mia, valor! dijo Carmen abrazando á su hija y besándola en la frente; ¡valor, al menos hazlo por mí!...

—¡Oh, madre mia! suspiró la doncella; ¡si tú hubieras estado allí y le hubieras visto llorar y gemir!

—¡Ojalá que hubiera estado, pobre ángel mio! pero ¿quién podía prever lo que ha sucedido? Creyendo á Benedicto entregado al descanso me fui á misa, según mi costumbre, y entre tanto... ¡oh, Dios mio! sólo de pensarlo me extremezco, ¡te has hallado sola entre los dos; pobre hija mia, nada sabes aún de las pasiones de la tierra!

Lady G... volvió á abrazar á su hija; después de una pausa continuó:

—Vamos, hija mia, es preciso tener ánimo; es preciso ante todo no irritar á tu padre, sino desarmarle con una obediencia completa y absoluta; es preciso ponerle de tu parte.

María sacudió tristemente la cabeza como si todo en el mundo la fuese ya indiferente.

Su madre hizo un supremo esfuerzo, y prosiguió:

—Es preciso, que esta noche vengas al baile conmigo.

—¡Yo! exclamó María asombrada; ¡al baile yo!

—Es preciso, hija mia; tu padre ha decidido presentarte hoy en el mundo.

—Pero, madre mia, ¿no ves que estoy enferma?

—Si lo veo; pero creo que la distracción te curará; á tu edad, amada mia, las penas son tan pasajeras como los nubes de verano, y el sol de la dicha luce de nuevo á cada instante y con mayor esplendor.

—Mamá de mi alma, dijo la jóven con voz triste y ca-

rar; ¡oh! si él no se hubiera marchado y hubiera venido con nosotras, entonces sí que iría yo contenta!

—¡Dios no lo quiere, hija mia!

—¡No, no! repuso con ímpetu la jóven; no es Dios quien no lo quiere; es mi hermano, mi hermano; es Osvaldo... sí, él es el que se opone á nuestra unión!... Muchas veces le he visto hablar en voz baja y animada con mi padre, señalándome á mí... ¡él es el ambicioso, él es la causa de todas nuestras desgracias!

Carmen calló; parecía reflexionar profundamente en las palabras de su hija, y en su hermoso semblante aparecieron al fin los rasgos de una dolorosa convicción. Sin embargo, deseosa de distraer á su hija de sus tristes pensamientos, respondió:

—Es verdad que Osvaldo es ambicioso...

—¡Oh, y tanto como lo es! exclamó María dolorosamente.

—No es ménos cierto que ejerce una gran influencia en el ánimo de tu padre, cuya predilección hacia él es muy marcada, y que en él funda todas sus esperanzas de engrandecimiento para la familia; pero dime, hija mia, ¿no crees que yo también puedo algo con tu padre? ¿No crees que mis ruegos alcanzarán alguna ventura para tí?

María mecía tristemente la cabeza; su madre iba á seguir hablándola, pero en aquel instante dieron un golpecito muy discreto á la puerta.

—Adelante, dijo lady G...

Abrióse aquella en seguida, y asomó por entre los pliegues del *portier* la cabeza albina de miss Arabella.

—¿Duerme la niña? preguntó en voz baja.

—No, respondió Carmen: puedes entrar, hermana.

La señorita Arabella entró en efecto, y detrás de ella apareció una camarera que traía una gran caja de cartón en las manos.

—Pon eso sobre ese velador, pero con el mayor cuidado, dijo miss Arabella á la criada. Así, más derecho; bien está; ahora vete.

La criada salió.

Miss Arabella no estaba vestida con la suntuosidad que la noche anterior para recibir al pobre Benedicto, tan pronto arrojado de aquella casa.

La base del carácter de la solterona eran una economía extrema y una afición decidida al orden más perfecto: así era que sus vestidos no se gastaban ni se echaban á perder jamás.

Trajes tenía miss Arabella que contaban veinte años de existencia y que aún conservaban el brillo del día que se habían sacado de casa de la modista; ya he dicho que los llevaba cortos para que no se manchasen al rozar con el suelo, y ahora debo añadir que los llevaba también estrechos para que no chocasen en las puertas y en los muebles perdiendo su brillo y su frescura.

Así es que las modistas y los comerciantes tenían con ella poquísima ganancia: los primeros doce vestidos que su madre le había hecho para presentarla en el mundo, duraban todavía: más aún; estaban casi nuevos.

A las cinco de la tarde tenía puesto un vestido de seda verde mar con volantitos tirados de encaje negro muy estrechos, y que subían hasta cerca de la rodilla: el objeto de este alarde de lujo era que ocultasen un añadido que tenía la falda á la altura de los volantes.

Un canesú de tul blanco, cerrado en el pecho con un gran lazo de cinta azul, hacía el más extraño contraste con el verde del vestido; pero aquel lazo que cada noche se guardaba en una cajita de cartón, adornaba hacía diez años el canesú de la señorita Arabella cuando se vestía para sentarse á la mesa.

Algunas veces le decía lady G...

—Hermana mia, ¿por qué no te pones otro lazo de diferente color?

—¿Para qué? respondía admirada la señorita.

—Porque estarías mejor con lazo verde en el canesú cuando llevas vestido verde y con lazo azul cuando el traje es azul.

—¡Bah, la moda es una cosa muy inconstante, querida hermana, y las mujeres lo sois más: ¿qué más da que el lazo sea azul ó de otro color? Está nuevecito y no es cosa de hacerse otro.

—¡Y por qué no llevas los trajes altos y sin canesú, tia? preguntaba María á su vez: el canesú no es de moda hace ya muchos años.

—¿Y eso qué importa? Cuando yo tenía tu edad, hija mia, estaba muy linda con este mismo canesú! No sé por qué no ha de estar ahora bien... ¡Ah! si todas las mujeres pensaran como yo, y se me parecieran en la constancia de mis gustos, la moda tenía perdido el pleito.

Era esto una gran verdad; mas por fortuna de la moda ninguna mujer del mundo se parecía á la señorita Arabella; ella era sola y única en su género; era una especialidad en su sexo; era casi un milagro de la creación.

Llevaba el peinado, á los cuarenta y cuatro años, del mismo modo que se lo ponía el peluquero cuando tenía

catorce: se veía muy bonita peinada así entonces, y no alcanzaba la razón de no estarlo siempre con el mismo tocado.

Lo que únicamente había suprimido eran los lazos y las flores artificiales, así como toda clase de joyas.

Y no se crea que la economía de miss Arabella era motivada por la avaricia; cuanto ahorra de sus rentas particulares, que eran muy pingües, lo guardaba para los pobres, y ella misma lo entregaba al cura de la parroquia todos los días primeros de mes.

Jamás había pensado la señorita Arabella en que pudiera casarse: jamás le había ocurrido el que pudiera ser dichosa teniendo un esposo ó hijos: había en ella una gran facultad de amar, una gran necesidad de ternura; pero la había empleado toda en amar, respetar y casi adorar á sus padres y hermano; cuando perdió á aquellos, amó, además de lord G..., á los hijos y á la esposa de éste con todo su corazón.

Miss Arabella era un alma de ángel encerrada en una figura poco agraciada de mujer; sin embargo, nada había en ella de ridiculez; su alma pura, serena, inocente como la de un niño, se retrataba en todas sus acciones como en todas sus palabras.

Todos la amaban en la casa, y lo mismo hubiera sucedido en cualquiera parte del mundo donde estuviese: eran adorables su complacencia y su bondad.

Tanto como era de severa para sí, era de tolerante para los otros: su constante afán era el de ver descansar á todos, el de ver seres felices en torno suyo; jamás reprendía duramente á las criadas, jamás las reprendía ni aun con suavidad: si es que no podía evitarlo las decía solamente:

—Hija mia, esto no está bien así; hazlo de este otro modo, y verás cómo te sale mucho mejor.

Cuando la terquedad ó la pereza impedía á las muchachas obedecerla, les decía:

—¿Por qué os empeñáis en disgustarme? ¿Teneis acaso algún resentimiento conmigo? Vamos, haced lo que os mando por vuestro bien, que Dios os recompensará.

De este modo los criados, por desalmados que fueran, la adoraban; además cuando caía alguno enfermo, la señorita Arabella le cuidaba con el mismo celo que pudiera hacerlo una hermana de la caridad.

Pasábase las noches á su cabecera dándole los remedios que los médicos ordenaban, ó sentada, inmóvil y grave como la estatua del silencio.

(Se continuará.)

MARINA

POR

ANGELA GRASSI.

(Continuacion.)

Poco á poco fué inclinando su lacia corola hacia el suelo, y un día cuando Samuel entró, me halló suspirando sobre la planta marchita. Jamás ningún hermano fué tan sinceramente llorado como mi rosal querido. Vagos fueron mis esfuerzos por conservar su efímera existencia. Las hojas se fueron secando una por una, y en breve sólo me quedó para consuelo un tronco seco y amarillento. ¡Mi pobre planta! ¡mi única amiga en este mundo había muerto, y yo era la causa de su muerte!

Envolví sus queridos restos en un finísimo papel, y sobre él grabé un apasionado epitafio. Samuel se reía y continuaba creyéndome loco. ¡Ah! él ignoraba, como ignora sin duda el mundo, lo que es sentir todo su ser devorado por una voraz llama y no hallar en derredor de sí un solo ser en el cual se pueda depositar este tesoro de ternura! Loco, sí, estaba loco, porque anhelaba, al par que la existencia, amar y ser amado, y en vez de elevar mi corazón á Dios, soñaba, á pesar mio, con el terrestre amor de las criaturas. Ya no bastaba á defenderme contra mi desvario el recuerdo de mi madre, tan dulce para mí hasta entonces: un grito confuso me decía que el niño bebe mil delicias en la mirada amante de la que le ha llevado en su seno; pero que el hombre busca la segunda parte de esa segunda epopeya en la candorosa mirada de la virgen, que como él, se siente abrasada por un fuego desconocido.

¿Para qué contaros cuánto sufrí? Conocí que iba á volverme loco y me asusté de mi propio peligro. Había leído en los libros de los filósofos con que mecieron mi infancia, que el hombre debe luchar con sus pasiones y vencerlas; que querer es sinónimo de poder. ¡Yo quise!

¡Ah, cuán fácil les es á esos hombres austeros y pausadores, pero que se rodean, sin embargo, de los regalos de la vida, cuán fácil les es, digo, con el corazón embriagado de delicias, tejer los sutiles razonamientos de sus doctrinas, y dictar saludables preceptos á los mortales que luchan con toda clase de infortunios! Ellos hacen

como los que prescriben á los nautas serenidad en el momento del peligro; pero ¿creis que si se hallasen en medio de los revueltos mares, teniendo encima de su cabeza las inflamadas nubes vomitando rayos, viendo la endebles tabla, á la cual fiaron su vida, ser juguete de las olas que se elevan hasta el cielo, viendo rasgarse las velas, romperse el timon y volcarse la brújula salvadora, ¿creis que hablarían el mismo lenguaje firme y decidido? No, no; dejarían caer la pluma, dirigirían en torno sus azorados ojos, se postrarían de rodillas y llorarían como niños débiles é inadvertidos!

¡Ah, sí! querer es poder cuando el alma está satisfecha, cuando la imaginación sólo refleja las ideas que percibe la razón; pero cuando el pecho se hace pedazos destrozado por un dolor inmenso, cuando el pensamiento está fijo en una sola, única y exclusiva idea, difícil es, por un simple acto de la voluntad, recobrar la perdida calma!

Estrujad entónces vuestro corazón y decidle que no lata, y sus palpitaciones os desviarán la mano; comprimid vuestra frente y mandad al pensamiento que permanezca inmóvil, y él se burlará de vuestro mandato, como el pajarillo que aletea en el espacio y no se detiene á la simple voz del cazador codicioso.

¡Yo luché, luché con todas mis fuerzas y quedé vencido! Yo no quería volverme loco, porque entónces no podría algún día abrazar á mi madre y contemplar con conciencia los bellos campos de mi patria; pero mis ideas se confundían cada vez más, y aquel prolongado martirio aniquilaba mis fuerzas.

Acordéme entónces de que en vano el naufrago se empeña en ir contra las irritadas olas, so pena de perder la existencia, y ántes por el contrario, si se entrega á su impulso, las mismas espumosas aguas le conducen hasta el puerto. Entónces ya no quise ahogar mi amor indefinible, sino darle un norte fijo. Creé en mi fantasía un bello ideal, y concentré en él todas las facultades de mi alma. La amé como había amado á mi madre en mis primeros años. ¡Con cuánta complacencia me entretenía en llenar de encantos aquel ficticio objeto, que pasó bien pronto á ser un sér real para mi delirio! Desde entónces ella fué la compañera de mi esclavitud, la dulce confidente de mis penas. Ella era la que velaba mi sueño y la que aplicaba á mis labios abrasados la copa de la ventura.

Me cálculo no había salido vano. Cuando nos atormenta una idea, lejos de pensar en destruirla, es preciso recurrir á otra idea, capaz de absorber el pensamiento, para que ocupe el lugar de la primera.

Recobré la calma. Mi ideal compañera no me abandonó jamás, y cada día iba adornándose con las inefables gracias que la presta mi imaginación de niño.

¡Me negaré el mundo, si recobro la libertad, la realización del bello ideal que me he forjado?...

Dimitri se detuvo, y su mirada brillante de ternura se fijó en Marina.

Jorge sintió por segunda vez un dolor tan agudo como si le arrancasen la existencia.

—Perdon, repuso Dimitri; ¿por qué os he contado todas estas locuras? ¿Lo sé yo acaso? Pero encerrado en un reducido espacio, impotente para obrar, ¿de qué puedo hablaros, si no os hablo de las tormentas de mi alma?

Basta de pueriles sueños: decidme vos en qué estado se halla mi madre, en qué estado se halla mi patria, qué es de mi hermano.

—Vuestro hermano ha muerto, vuestra madre gime en un claustro apartado; Boris ciñe la diadema y recoge el fruto de sus crímenes.

—Luego era cierto, exclamó Dimitri sentándose en el borde del lecho, y pintada en el semblante la más dolorosa expresión; luego era cierto lo que algunas veces achacaba al delirio de la fiebre. ¡Es cierto, pues, que los hombres son tan malvados como me los pintaban esas viejas historias cuya lectura me causaba espanto?

Yo tachaba á los escritores de mentirosos, ó creía que sus vetustos personajes eran hombres de otro siglo más desdichado que aquel en que vivimos. ¡Ay, es cierto! ¡Ha sido, en efecto, Boris! ¡Boris, el amigo íntimo de mi hermano, el que me mecía sobre sus rodillas dándome el dulce título de sobrino, el que me ha condenado á tantos años de horrible cautiverio!

—No, dijo Jorge sonriendo; él por su voluntad no os ha otorgado esos tristes años, pues su exclusiva intención era que reposáseis tranquilamente y para siempre debajo de una losa.

Dimitri ocultó su blonda cabeza entre las manos y guardó silencio.

—Pero decid, repuso al cabo de un instante, ¿es cierto que en el mundo debemos mirar al amigo como á nuestro más encarnizado enemigo, que no hay lazos de la naturaleza que el vil interés no quebrante, que hasta la mujer querida nos vende estrechándonos en su seno?

—Exagerada es la pintura, señor, dijo Jorge sonrien-

do. Ved á qué estado me ha reducido la adversa suerte, y no obstante tengo á mi lado una esposa fiel, y puedo reclinarme tranquilamente mi cabeza en el leal seno de mi amigo.

Dimitri no respondió; pero sus mejillas se tornaron pálidas, y el brillo de sus ojos quedó apagado. Al cabo de un instante se precipitó del lecho y se dirigió tambaleándose al agujero que conducía al palacio.

—¿Qué hacéis? exclamó Jorge.

—¡Oh, no, no, dejadme, no quiero entrar en ese mundo tan sembrado de espinas! dijo el príncipe con amargura. Crúcenlo en buen hora los que desde su más temprana edad sintieron desgarrada su planta y se acostumbraron á separar los abrojos de su camino; pero yo tengo veinticinco años; soy inexperto, reboso de fe y de amor, y me matarían los desengaños. Es tarde para nacer, amigo mío, y entre nacer bajo tales auspicios ó morir, prefiero la paz de la sepultura.

—¡Dimitri! gritó Jorge con voz de trueno, ¡tu madre llora en un monasterio; el pueblo ruso ahela sacudir el yugo del usurpador! ¡Boris ciñe la imperial diadema, y hora es ya de que expie sus pasados crímenes! ¡Dimitri: tu madre y tu patria esperan de tí la libertad! ¡te negarás á ser su salvador?

Dimitri se acercó precipitadamente á Jorge con las mejillas inflamadas y los ojos centellantes.

(Se continuará.)

LA MATERNIDAD.

Con este título, tan simpático como expresivo, se publicará desde Enero un elegante periódico, con láminas, consagrado exclusivamente á la mujer, y á la vista tenemos el prospecto. El pensamiento de la revista *La Maternidad* no puede ser más noble ni más útil: velar por la infancia, aconsejando á las madres, instruir á las jóvenes y entretener á las niñas. Médicos distinguidos escribirán una sección de *Higiene*, con advertencias y prevenciones acerca de la lactancia, y el periódico tendrá amenidad. Al frente de esta propaganda no hay que preguntar el nombre del escritor que la dirige: el moralista de los *Cuentos de Salon*, Teodoro Guerrero. Para que nuestros lectores formen idea de los propósitos de *La Maternidad*, les ofrecemos la parte moral de su prospecto, en que se descubre la galana pluma del Sr. Guerrero. Dice así:

LA IDEA MORAL.

“Un escritor contemporáneo, malogrado en la flor de sus años, escribió en un precioso libro la siguiente máxima:

“Nosotros no tenemos por la primera mujer del mundo á la que más hijos haya parido, sino á la que mejor los haya educado.—La educación es la segunda naturaleza.”

“Este pensamiento de Severo Catalina, refutando la célebre respuesta de Napoleon á Mme. Stael, explicaría perfectamente el propósito que nos trae hoy á la arena periodística, si no creyéramos que hay palabras tan claras, tan terminantes, que no exigen más que su simple enunciación. *La Maternidad* no necesita de prospecto para presentar el relieve de su pensamiento; no vamos á despertar, ni siquiera á alentar, el amor en la tierra más puro, más grande, el amor eterno, el amor de los amores; perderíamos el tiempo en pretender dar vida á lo que nunca muere; contra nuestra inútil propaganda se alzaría la protesta de todas las madres, sin excepciones, porque no hay madre que no tenga en su corazón un altar, en que arde perennemente la lámpara consagrada á la veneración de ese afecto; afecto que empieza en la cuna, donde Dios deposita el tesoro de cariño, lazo de unión de dos corazones, y no se extingue con la muerte, puesto que al tender el ángel sus alas, el alma de la madre se va con él al cielo.

Nuestra misión es más terrenal, más necesaria, porque apoyados en el interés de la humanidad, vamos á hacer una invasión á lo porvenir, procurando mirar por la generación que se levanta, para conservarla, para fortalecerla, para señalar el camino que debe seguir; apoyados en nuestra propia experiencia y con el auxilio de notables higienistas, nos proponemos velar por la infancia, recomendar los adelantos de la ciencia, destruir el funesto efecto de la rutina y de las preocupaciones, disminuir, en una palabra, la mortandad de los niños, víctimas del abandono ó de la torpeza de las nodrizas y sirvientes, presentando los peligros de la lactancia mercenaria; y, sobre todo, recomendar á las madres la necesidad de criar á sus hijos.

“Una mujer, al ser madre, no hace más que cumplir con un acto de la naturaleza; besa la frente del hijo de sus entrañas, y en sus labios estampa Dios la bendición del cielo; ese beso le marca los derechos que la maternidad le concede; pero también le señala los deberes que la sociedad le impone. Puesto que todas las madres saben ser madres por el corazón, hay que darles reglas para asegurar la vida de sus hijos, alumbrarles el camino para evitar los males ó prevenir sus consecuencias, estudiar la manera de conseguir el completo desarrollo físico, intelectual y moral de los niños. La criatura que nace es la semilla germinada que separa la tierra para asomarse en busca de un rayo de sol, de una gota de rocío,

que le den fuerza y frescura para que el tallo se robustezca y se tiendan con lozanía sus ramas; es preciso velar por el arbusto para que no se tuerza, para que no lo destruya la oruga de los vicios, para que á su tiempo se cargue de provechoso fruto.—Hé aquí la noble idea de *La Maternidad*.

“Un niño es la esperanza de un hombre; pide amparo, amor, tierna solicitud. Vemos que se crean sociedades para proteger á los animales y á las plantas, y hasta hoy nadie había pensado en que existía una clase desheredada, nosotros mismos, que necesitaba de la protección del gobierno, de la santa caridad, del hombre, y más que del hombre de la mujer, para salvar á la humanidad de un peligro, de una epidemia que nos diezma en los primeros años de la vida: el abandono. La estadística, con la aterradora elocuencia de los guarismos, nos presenta el cuadro de tres millones de niños que han perecido en España en los últimos diez años, y la mortandad tiene por causas principales la falta de asilos para recoger á los pobres, á los huérfanos, á los bastardos; el descuido de las madres que entregan sus hijos á mujeres extrañas, y la ignorancia de los pequeños cuidados que la niñez exige para evitar grandes y fatales consecuencias. ¡Cuántas esperanzas dejamos escapar en esos seres que se malogran! ¡Cuántos genios ignorados se sepultan en la tierra sin deslumbrarnos con un rayo de su luz! ¡Cuántos brazos útiles para el servicio de las armas, para el cultivo de la tierra, para el progreso de las manufacturas, pierden en esos niños que mueren por falta de amparo, ó se atrofian y se lisan por el descuido de las madres! Los niños son la España de mañana; somos nosotros mismos, que nos reproducimos para dejar nuestros nombres, nuestras ideas, nuestros corazones.

“El amor de la madre no está representado en el beso que acaricia las mejillas del niño para confundir sus almas; el orgullo de la madre, el reflejo de su amor, es la estrella del porvenir. No olviden las madres que el trato íntimo es el lazo del afecto: y ese lazo se estrecha desde la lactancia; el niño que empieza huyendo de su madre para echar los brazos á la nodriza que le vende el jugo de sus pechos, al iluminar su razón el primer rayo de la inteligencia, aprende á desviarse de la mujer que le niega lo que Dios le ha concedido, lo que es suyo: su verdadero y legítimo alimento, su propia sangre: la leche de su madre. Verdad es que hay mujeres que por debilidad física ó por defecto de constitución no pueden criar á sus hijos; y á fin de evitar los perjuicios de esta contrariedad, hay que hacer advertencias acerca de la elección de nodriza, ó marcar el sistema de alimentación conveniente que supla la pérdida que el niño experimenta.

“Vamos á escribir exclusivamente para la mujer. Queremos la ilustración de la mujer; pero sobre todo deseamos que aprenda á ser madre de familia; y para ello hay que dirigir á las niñas, dando á las madres los medios de formar su corazón y de levantar su espíritu; educadas en el santo temor de Dios, impregnadas en los santos principios de la moral cristiana, advertidas convenientemente sobre los peligros del mundo, las jóvenes, al constituirse en familia, están preparadas para llevar la felicidad al hogar; al efecto les daremos buenos consejos, indicando los libros que pueden ponerse en sus manos, sin temor de que perturben su conciencia y vicien sus instintos. Vamos á escribir un periódico, especie de *Guía de las madres y Amigo de las niñas*, donde encontrarán preceptos de higiene, bella literatura, amenidad, lectura sana y provechosa para las jóvenes y entretenimiento para las niñas. Consagraremos nuestras tareas lo mismo á la dama de salon que á la obrera; para trabajar en pró de la generación que empieza, ponemos los ojos en las madres, porque en sus manos está la llave del porvenir. ¿Quién es capaz de negar la fuerza, la atracción de la mujer, para arrastrar al hombre adonde ella quiere? Los pueblos van adonde la mujer los lleva; todo lo grande, todo lo bello, todo lo útil, todo lo que se piensa y se realiza, lleva en sí ó la iniciativa ó el impulso de la mujer; y si es tanta su preponderancia, ¿no debe ayudarse á la madre para que complete su obra? ¿No deben hoy ponerse los medios de perfeccionar el mañana? Nuestro propósito es tan firme como difícil; pero el corazón nos dará alientos para triunfar en la empresa. Preparar á la niña para ser buena mujer; á la mujer para ser buena madre; á la madre para criar, dirigir y educar á sus hijos. Hé aquí la misión de *La Maternidad*.

“Venimos á la prensa sin títulos de autoridad ni en las ciencias ni en las letras; pero traemos una buena intención y un nombre honrado. Nuestro corazón y nuestra pluma servirán de agentes á esas *Asociaciones* que, al al grito de la humanidad, de toda España, se preparan á velar por la generación que nos empuja. No pretendemos dejar más que un recuerdo de nuestro nombre, como misioneros de la caridad, como protectores de la familia y del hogar, por cuyo repetito hemos trabajado, cual simples obreros de la inteligencia.

“Las madres nos ayudarán, pues llamamos á su puerta con el corazón en la mano. La caridad nos inspira, y seguiremos las huellas de la dama ilustre que reparte sus bienes de fortuna en enjugar las lágrimas del triste. Sin mirar de dónde venimos, estudiemos la manera de llegar adonde nos hemos propuesto: los niños de hoy son hombres que el porvenir reclama. Hay que conservarlos á fuerza de cuidados y de vigilancia: son nuestras mismas personas. La España entera responderá al llamamiento de tan benéfica idea.—Hé aquí la bandera de *La Maternidad*.”

¿Qué madre al leer el prospecto no se suscribe á *La Maternidad*? Nosotros apoyaremos al autor en sus deseos y estamos seguros de que encontrará apoyo en todas partes. El periódico costará solo 4 rs. al mes, y se suscribe en la librería de Sanchiz, plaza de Matute, 2. Los de provincias remitirán 14 rs. por trimestre al Sr. Guerrero, calle de Claudio Coello, 13, Madrid.

Los prospectos se reparten gratis en la indicada librería.

CORRESPONDENCIA.

Alicia.—A un sacerdote se le debe dar el puesto de preferencia en la mesa y en todas partes. Este puesto es á la derecha del dueño de la casa. Para impedir que las teclas del piano se vuelvan amarillas, es preciso preservarlas de la humedad, limpiándolas con un pedazo de franela despues de haber estudiado, y cubriéndolas luego con una tira de lana. Cuando ya están amarillas, no hay más remedio que hacerlas raspar. Mil gracias por las buenas palabras que me dirige.

Carolina.—El mejor peinado para casa, es dejar caer los cabellos sin trenzar en una redecilla adornada con un lazo. Para vestir, basta rizar el pelo de delante todo alrededor de la frente, arrollar el de atrás, dividido en

niencias sociales. Ir al teatro ó á cualquier parte ántes de terminar el año de luto, sería mal visto. Sólo puede V. permitirse algunas visitas de confianza.

EXPLICACION DEL FIGURIN 1241.

FIG. 1.^a *Traje de casa y colegio para niña de 6 á 10 años.*—El vestido es de tricot marron, forma princesa, y abrocha al través bajo unas ondas ribeteadas de cinta de tono más claro. Faltriquera ama de casa puesta por delante.

FIG. 2.^a *Traje de paseo para niña de la misma edad.*—El paletot de talle largo lleva la espalda plegada de ar-

y lazo nacarado. Botas altas del color del vestido, pantalones blancos bordados.

FIG. 4.^a *Traje para jovencito de 10 á 12 años.*—Es un traje completo de paño matalassé. El chaquet tiene un bolsillo de pecho muy cómodo. Botas, que llegan ceñidas hasta la rodilla, de piel forrada de franela.

FIG. 5.^a *Traje de paseo para señorita de 14 años.*—Falda plegada de terciopelo negro y túnica abrochada atrás de lana azul con limosnera que sostiene el drapeado. Manteleta fichú de cachemir cerrada por detrás con un lazo. Capota con una rosa debajo del ala.

El inteligente colaborador de EL CORREO DE LA MODA, D. Cesáreo Hernando, acaba de establecer una academia.



30. Bordado veneciano para la alfombrita núm. 48.

tres partes sobre tres peinecillos y dejar caer por atrás las puntas, formando ligeros bucles. No olvide V. que el peinado ahora se lleva estrecho de los costados y que el más elegante es el más sencillo.

Una mamá.—Hé aquí un buen traje para diario. Falda de terciopelo negro, túnica de paño y sombrero de fieltro con una pluma y velito blanco ó negro.

Una joven viuda.—El consejo que V. me pide es muy delicado, porque ante todo hay que respetar las conve-

riba abajo, y debe hacerse de paño ó franela. El vestido, que apenas se ve, es de poplin color marron. Sombrero de terciopelo marron con flores blancas y un ramo de flores. Botas altas.

FIG. 3.^a *Traje para niño de 4 á 6 años.*—Blusa americana con esclavina cuadrada de terciopelo epinglé color habana muy claro, adornado con una tira estrecha de piel de marta cibelina ú oso negro. Cinturon de terciopelo nacarado. Toca de terciopelo habana guarnecido de piel

de corte en Santander, calle de San Francisco, núm. 19, principal, adonde pueden dirigirse cuantos deseen consultarle sobre tan difícil arte.

Recomendamos nuevamente á nuestras suscriptoras el magnifico almacén de alfombras y géneros para muebles, de R. Gonzalez y compañía, establecido en la calle del Príncipe, núm. 14.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO.

Administracion, Plaza de Isabel II, núm. 2.

Tip. de Gregorio Estrada, Doctor Fourquet (antes Yedra), 7.

Editor-proprietario: Carlos Grassi.

Ayuntamiento de Madrid

Núm.
SUM.
Vestido
Traje p
para ni
chado p
de 5 á 8
—Traje

EL

Los t
ñoras s
ses: tra
lle y tra
tres cla
vez; ser
tuoso.
compre
de cam
recibir
efecto e
gunda,
sia, con
fianza y
para la
para sal
oficiales
queta. A
ses, com
das las
hoy mi
para la
jes sunt
no recl
reseña,
todavía
lones.

Para
usándos
muleton
lida de c
responde
otro po
largo po
de pasar
trajes d
azul cla
pelo neg
gra, ser
gancia,
pelo en
cuyos la
de la ma
ó caídas
la barba
los grad
propieta
el traje
cesa que
quiera
botones
todo su
pequeña
lo, ma
otras tre
en carte
da con l
elegante
puede h
marron
oscuro. l
diana cl
modadas
esta bata
más el d
exige inc
los de ca
mejor los
exclusiv
Para t
clase de
pelo ó fa
plegado